

RADICALIZACIÓN VIOLENTA Y MISOGINIA EXTREMA. NARRATIVAS ANTIFEMINISTAS EN LA MANOSPHERE

VIOLENT RADICALISATION AND EXTREME MISOGYNY. ANTI-FEMINIST NARRATIVES IN THE MANOSPHERE

María Ávila Bravo-Villasante

Universidad Rey Juan Carlos, España

 <https://orcid.org/0000-0002-4138-072X>

Autora para correspondencia: María Ávila Bravo-Villasante, email: maria.avila@urjc.es

Resumen

En las últimas décadas se observa una radicalización de las narrativas antifeministas en las comunidades digitales. La manosphere, y de un modo más específico la incelosphere, son ecosistemas proclives a la expansión de discursos violentos y misóginos. Esta radicalización puede ser rastreada y conectada con el anuncio de la crisis de la masculinidad y con los discursos antifeministas que emergen en la reacción de finales del siglo pasado. Este artículo contextualiza el hilo conductor que hay entre ambos momentos y los factores que han fagocitado la radicalización de los discursos. Para ello, se revisan, en primer lugar, el surgimiento del postfeminismo y el antifeminismo en la cultura de masas. En segundo lugar, se analiza la confluencia y el carácter extremista de estos discursos en la incelosphere. Con este doble análisis se pretende mostrar el punto de intersección del giro afectivo y del giro digital en estas narrativas.

Palabras clave: manosphere, incelosphere, antifeminismo, incels, masculinidad abyecta.

Abstract

In recent decades there has been a radicalisation of anti-feminist narratives in digital communities. The manosphere and more specifically the incelosphere, are ecosystems prone to the expansion of violent and misogynist discourses. This radicalisation can be traced and connected to the announcement of the crisis of masculinity and the anti-feminist discourses that emerge in the backlash at the end of the last century. This article contextualises the common thread that connects both moments and the factors that have phagocytised the radicalisation of discourses. To do so, it first reviews the emergence of post-feminism and anti-feminism in mass culture. Secondly, it analyses the confluence and extremist character of these discourses in the incelosphere. This double analysis aims to show the intersection of the affective turn and the digital turn in these narratives.

Keywords: manosphere, incelosphere, antifeminism, incels, abject masculinity.

Recibido: 11/08/2022

Aceptado: 16/12/2022

Introducción

El interés por las comunidades digitales (también denominadas virtuales) surge a finales del siglo pasado desde diferentes disciplinas, en especial, la sociología, la comunicación, la filosofía y la ciencia política. Los primeros análisis las describen como grupos humanos que comparten intereses de diverso tipo: profesionales, identitarios, culturales, deportivos o relacionados con el ocio. El uso de herramientas telemáticas permitía superar las limitaciones espaciales y temporales inherentes a otro tipo de comunidades (García Gómez, 2001; Ontalba y Ruipérez, 2002).

Esta caracterización resultaría incompleta si no se atiende al giro afectivo que se produce en el seno de estas. Estamos ante espacios cuyos miembros se vinculan entre sí de un modo narrativo gracias a relaciones de empatía. Son espacios afectivos capaces de generar una melodía común. En este sentido, las comunidades digitales encajan con el concepto de público afectivo propuesto por Papacharissi (2015) y ampliamente desarrollado por Ging (2019a). Margreth Lünenborg (2019) conecta la afectividad con el análisis habermasiano de la esfera pública burguesa —en tanto esfera en la que las personas particulares se reúnen en calidad de público para dialogar sobre asuntos comunes utilizando la razón pública y la libertad de opinión (Habermas, 2014)—.

El afecto al que apelamos sería una capacidad dinámica, procesal y fluida que surge de la interacción social en cualquier tipo de práctica social. Es interesante resaltar que, en estos espacios afectivos, tendrían cabida discursos, *a priori*, marginales (Papacharissi, 2015).

Con el proceso de digitalización, los espacios de discusión de la vida pública y los debates que en ella emergen se trasladan a las redes sociales. Estos nuevos espacios se caracterizan por estar profundamente polarizados y por su afectividad expresiva (Arias, 2016). Las virtualidades que presenta el giro digital en el ámbito de los movimientos sociales y políticos son manifiestas: aumenta la difusión de ideas, la movilización y la captación de personas adeptas. Esto vale igual para fines terroristas como para campañas ecologistas. El machismo y la misoginia no serán una excepción.

Los espacios digitales proporcionan un espacio óptimo para la difusión de ideas misóginas y contraigualitarias. Para ello, se apela a discursos victimistas que permiten a sus emisores presentarse como mártires del movimiento feminista. Estos discursos son sostenidos por el dispositivo discursivo de la posverdad (Núñez & Fernández, 2019). Aunque el victimismo de estos grupos no puede refrendarse por los hechos ni mucho menos por las estadísticas, la ciudadanía afectiva concede más importancia a los contenidos emotivos que a los racionales (Arias, 2016).

En las siguientes páginas se analizará la incidencia que el giro digital y el giro afectivo tienen en las narrativas antifeministas y en los discursos de carácter misógino. En primer lugar, analizaremos la *manosphere* como ecosistema especialmente fértil para la proliferación de estas narrativas. En un segundo momento, trazaremos la genealogía de estos relatos estableciendo como claro antecedente las reacciones antifeministas de finales del siglo pasado; en este contexto se apunta, por primera vez, a una crisis de la masculinidad. El siguiente paso será dar cuenta de las diversas propuestas promulgadas para superar dicha crisis: una de estas ellas implica la construcción de una masculinidad victimista que, lejos de erosionar su carga hegemónica, la acaba nutriendo. Por último, el análisis de la *incelosphere* permitirá evidenciar el nexo existente entre masculinidades abyectas, afectividad, radicalización violenta y misoginia extrema.

La manosphere

Si las comunidades digitales son grupos humanos relacionados afectivamente que mantienen entre sí discursos narrativos afines e intereses comunes, la respuesta a qué es la *manosphere* requiere identificar el interés común y los sujetos que la sostienen. Se puede considerar que estamos ante un grupo de hombres heterosexuales cuyos intereses comunes abarcan un amplio abanico de expresiones que tienen en el centro el rechazo de las políticas de igualdad, muestras extremas de misoginia y de violencia contra

las mujeres. Es una emergente industria cultural que se nutre del odio de las mujeres neutralizándolo y haciéndolo aceptable (Vingelli, 2019).

Encontramos diversas definiciones de *manosphere*. Ironwoods (2013), autor del libro *The manosphere: a new hope for masculinity*, afirma que todo lo que se ha dicho sobre ella ha sido escrito por sus oponentes. De este modo, se presentaría como un movimiento de señores mayores conservadores y amargados que ansían volver a los años cincuenta del pasado siglo. Para el autor, es tendencioso que siempre que se hable de ella aparezca asociada a ideas misóginas que ensalzan un discurso de odio y repulsa contra las mujeres. Según la versión edulcorada de Ironwoods (2013), la *manosphere* es un lugar de encuentro de hombres que quieren expresar sus opiniones. A su juicio, desde mediados del pasado siglo los hombres experimentan dificultades para expresar sus opiniones —por el subtexto del mensaje entendemos que no todas, solo las sexistas—sin ser acusados de machistas, sexistas o antifeministas. Millones de hombres se acercarían a estos espacios virtuales diariamente a buscar una guía, una explicación, un sentido de lo que significa ser un hombre en una cultura que ha sido cambiada por el feminismo.

Si realizamos un mapeo de la *manosphere*, nos encontramos con una enorme variedad de comunidades que suelen estar agrupadas en cuatro grandes grupos. Aunque estamos ante grupos heterogéneos, comparten una adhesión a las teorías de la *red pill*; siguiendo la icónica metáfora propuesta en Matrix, pretenden liberar a los hombres del engaño feminista (Cousineau, 2021; Ging,

2019b). El estudio realizado por Shawn P. Van Valkenburgh (2021) muestra que aludir a la “pastilla roja” no solo es una expresión de hegemonía masculina. Los *red pillers* sostienen que el feminismo es una estrategia sexual que pone a las mujeres en una situación privilegiada para seleccionar a los hombres con mejor ADN. Perciben que su tarea consiste en elaborar una estrategia sexual capaz de rebatir la elaborada por las mujeres. El núcleo fuerte de su filosofía es una mezcla de discursos neoliberales, extrapolaciones científicas (teorías sacadas de contexto y verdades a medias) y misoginia. Dado que consideran que el feminismo es una ideología —la tan manida “ideología de género” puesta en juego por el neomachismo (Corredor, 2019)— su propuesta apela a la experimentación y a los datos empíricos recogidos en primera persona (Valkenburgh, 2021).

El primero de los subgrupos que componen la *manosphere* es el de los activistas a favor de los derechos de los hombres (Men's Rights Activists, MRA por sus siglas en inglés). Estos grupos surgen a finales del pasado siglo y afirman que las instituciones sociales y las leyes discriminan a los hombres.

Un segundo grupo lo conforman los hombres que siguen su propio camino (Men Going Their Own Way, MGTOW). Argumentan que la sociedad occidental es profundamente misándrica. Culpan a las mujeres de su situación y acusan a los gobiernos de imponerles leyes discriminatorias. Para hacer frente a esta alianza, invitan a los hombres a seguir su propio camino: ni el Estado ni las mujeres pueden dictar el curso de sus vidas (Chapin, 2016).

Por otro lado, están los maestros de la seducción o *pick up artist* (PUA, por sus siglas en inglés). Son aquellos grupos en los que se intercambian consejos y técnicas de lo que denominan seducción científica. Desde que Neil Strauss (2005) publicó *The game: penetrating the secret society of pickup artists*, proliferan las comunidades digitales interesadas en esta temática. Muchos de estos foros y espacios fomentan la violencia sexual hacia las mujeres. Las técnicas de seducción científica recurren al miedo, el abuso de poder, las demostraciones de fuerza y el acoso a mujeres. Consideran, además, que la sociedad está feminizando a los hombres.

Por último, podemos destacar a los *incels*, posiblemente el subgrupo más violento de todos los analizados. Estos se guían por las teorías de la *black pill*, experimentos sociales que ellos mismos realizan para corroborar sus hipótesis sobre la atracción biológica y sus creencias de que las mujeres usan su poder sexual para dominar a los hombres socialmente. El argot *incel* denomina como *Stacys* a las chicas con gran atractivo físico y sexual. Las *Stacys* acaban manteniendo relaciones con *Chads*. Un *Chad* constituye el arquetipo de macho alfa al que la sociedad favorece por su aspecto (Griffin, 2018). Pues bien, frente a la dominación de las mujeres y la clara ventaja biológica que otorgan a los *Chads*, los *incels* buscan venganza. El primer objetivo son las mujeres, si bien no es el único. Los hombres que poseen características biológicas privilegiadas y que, por tanto, no experimentan dificultades para acceder a las mujeres, serán, por extensión, objeto de sus ataques.

Antifeminismo

Esta primera panorámica sobre la *manosphere* permite detectar el antifeminismo de estos grupos como uno de sus ejes vertebradores. No estamos ante un fenómeno nuevo, el antifeminismo, en tanto pensamiento reaccionario, puede reconstruirse a la estela del pensamiento feminista; siempre un paso por detrás (Ávila Bravo-Villasante, 2019; Faludi, 1993). De hecho, afirmaba Virginia Woolf (2003) que la “historia de la oposición de los hombres a la emancipación de las mujeres es, tal vez, más interesante que la propia historia de la emancipación” (pp. 83-84). La novedad radica en el uso de las nuevas tecnologías, en la digitalización de las narrativas reaccionarias y la amplia repercusión que pueden alcanzar en los públicos afectivos.

El antifeminismo inherente a las narrativas de la *manosphere* es una versión radicalizada del antifeminismo de finales del siglo XX. Los avances conseguidos a nivel simbólico y legislativo en materia de igualdad fueron percibidos en términos absolutos favoreciendo la aparición del posfeminismo. En su versión cultural propala la idea de que la igualdad ya está conseguida y, por tanto, el feminismo ya no es necesario. Cualquier referencia al feminismo resulta obsoleta, impertinente, genera un movimiento de aversión. En este nuevo contexto, asistimos a nuevos intentos de legitimación de la desigualdad y de las relaciones de opresión.

Una de las estrategias privilegiadas en este tipo de discursos, es la que erosiona, hasta eliminar, la frontera entre privilegio y derecho. Los grupos

opresores consideran que sus privilegios son derechos, por tanto, consideran que la pérdida de privilegios conlleva una pérdida de derechos. Esta confusión entre privilegios y derechos es una de las claves que nos permite entender las resistencias masculinas a la igualdad.

La definición que Ironwoods (2003) proporciona sobre la *manosphere* suministra una clave interesante. Millones de hombres acuden diariamente buscando una guía o conocimiento sobre lo que significa ser un hombre, esto es, sobre el significado de la masculinidad en una sociedad cambiada por el feminismo. Ello nos permite introducir una cuestión nuclear: la necesidad de interrogarnos por ella. Pese a la relevancia que tiene el concepto para la comprensión y estudio de las ideologías, ha sido el surgimiento de estos movimientos el que ha despertado el interés por la misma y por la vinculación entre masculinidad, fascismo, neofascismo e ideologías de la extrema derecha (Lavin, 2020; Vandiver, 2020).

Del mismo modo que la pregunta por el hombre, en tanto que ser humano, es inherente al pensamiento filosófico, la masculinidad ha quedado al margen de los grandes debates hasta finales del siglo XX. Todos los esfuerzos de intelectuales, filósofos, escritores, sociólogos y antropólogos se dedicaron a estudiar la feminidad. Y lo hicieron desde una doble perspectiva: descriptiva (qué es una mujer, normalmente en singular, como si hubiera una única esencia) y prescriptiva (en la medida en que consideran que ser mujer consiste en algo, se dictamina qué hay que hacer para llegar a serlo, prescribiendo una amplia gama de normas sociales,

morales y culturales). La feminidad aparece como una entelequia difícil de aprehender, voluble y efímera. Sin embargo, la masculinidad no suscitó ningún interés.

Conviene contextualizar el momento en el que surge el interrogante. La cuestión aparece de forma masiva en el contexto de las reacciones antifeministas. Los cambios producidos por la revolución feminista de los años setenta hacen que su estudio empiece a plantearse (Ávila Bravo-Villasante, 2019; Faludi, 1993; Vendrell Ferre, 2020). En tanto ficción, la solución al enigma de la masculinidad dista mucho de poder ser resuelta; las diversas aproximaciones realizadas constatan la imposibilidad de aprehenderla de un modo satisfactorio. No obstante, en todos estos acercamientos hay algo en común; si bien no podemos saber con exactitud en qué consiste, lo que parece quedar claro es que el feminismo la sitúa en vías de extinción. Como si se tratara de un extraño espécimen, hay que proporcionarle cuidados constantes, ejercitarla diariamente, no dejarla marchitar ante los requisitos de un sistema igualitario que la debilita. Por lo pronto, la masculinidad se descubre como una entelequia opuesta a la igualdad.

Podemos considerar las reacciones antifeministas como reacciones de amplio espectro motivadas por aspectos identitarios, sociales, pero también económicos. Sería un error infravalorar el papel que juega la economía en estos movimientos en tanto que, uno de los rasgos constitutivos de la masculinidad tradicional es atribuir al hombre el papel de varón sustentador (Nuño Gómez, 2010). Esta es la clave que permite examinar por qué las

reacciones antifeministas se avivan con gran intensidad en etapas de recesión económica. A finales del siglo XX, los hombres de clase media comienzan a perder la capacidad de proveer a sus familias, por tanto, la lucha por la igualdad económica, salarial y profesional se percibe como una seria amenaza. En el contexto de la *gig economy* (Kessler, 2019) o de la uberización de la economía (Fleming, 2017), algunas voces, incapaces de dar cuenta de la complejidad estructural que nos conduce a la precarización de la vida, señalan al feminismo como culpable. De este modo, pretenden poner fin a los males sistémicos atacando al feminismo y reclamando una vuelta a la masculinidad tradicional.

Masculinidad (hegemónica) en crisis

Los cambios sociales que se han producido en los últimos cincuenta años han erosionado el modo de concebir la masculinidad. Uno de los efectos más evidentes de este cambio ha sido abrir el término al plural, poner en evidencia que no hay un único modelo. Este reconocimiento de las masculinidades —en plural, no va acompañado de un cambio profundo. La transformación radical del modelo no se produce (Tamayo Acosta & Salazar, 2016). La proliferación de modelos no solo no representa ningún tipo de amenaza a su supervivencia, sino que favorece hibridaciones que la refuerzan.

En este sentido es interesante el análisis realizado por Sambade (2018) sobre los diversos modos en la que la masculinidad es representada en

la cultura de masas. Él da cuenta de la proliferación de nuevos modos de representación estética de la masculinidad hegemónica como producto de la hibridación de esta con el capitalismo informacional. El resultado de esta hibridación sería una nueva masculinidad hegemónica capaz de dar respuesta a la demanda feminista de convertir a las mujeres en sujetos de deseo. Los nuevos modelos de masculinidad estética analizados por el autor (metrosexual, *ubersexual*, *spornosexual*) muestran a sujetos que desean ser deseados.

El alcance de estas transformaciones y de las crisis que genera suscita un gran interés en las comunidades digitales y en los medios de comunicación tradicionales. En la lectura que se realiza del problema es evidente la falta de perspectiva crítica. En 2017, aparece el siguiente titular en *El Diario*: ¿Evidencia la epidemia de droga en EE. UU. y Canadá una crisis de masculinidad? En el artículo, el psicólogo clínico Dan Bilsker alude a la segregación profesional como explicación. Al parecer, a los hombres se les asignan los trabajos más peligrosos, aquellos en los que el riesgo de sufrir lesiones y accidentes es mayor. En ese sentido, las lesiones sufridas en los trabajos tradicionalmente masculinos llevan a los varones al consumo de opiáceos (en Kassam, 2017). Si esto es así, si damos por válida la explicación, la conclusión sería que es el modelo de masculinidad tradicional el que lleva al consumo de opiáceos, en tanto que es el modelo responsable de una asignación *generizada* de tareas.

El artículo aporta otro argumento de gran interés. De acuerdo con Bilsker, uno de los motivos que lleva a los hombres al consumo de drogas es su

necesidad de acabar con el dolor psicológico. Según expone, los hombres experimentan dificultades para pedir ayuda a causa de las normas culturales (en Kassam, 2017). La solicitud de apoyo es percibida como una muestra de debilidad, algo que los hombres no pueden permitirse. Con los argumentos proporcionados podemos concluir que el desencadenante de la epidemia de droga en Estados Unidos y Canadá son los roles y estereotipos de género que conforman la masculinidad hegemónica.

El artículo evidencia a la perfección el ruido y la confusión que se genera en torno a la crisis de la masculinidad. Esta se sitúa en la raíz de los problemas sociales y psicológicos de los hombres, obviando todos los elementos estructurales que, *de facto*, tienen mucha más relevancia. Recurrir a la crisis de masculinidad presenta otra virtualidad. Si lo que causa la crisis es el feminismo, podemos señalarle como causa primera del problema y, por ende, como enemigo a combatir. Cuando estas posiciones se radicalizan, cuando se llevan al extremo, el feminismo aparece como el causante de la crisis civilizatoria.

Por lo pronto, el feminismo sería el responsable de la feminización de los hombres, tal y como ponen de manifiesto las teorías pseudocientíficas propuestas por el terapeuta de pareja John Gray. En una entrevista concedida a Pautassi, el autor lamenta lo que, a su juicio, supone un tremendo desastre: desde que los hombres se enfocan en sus sentimientos han dejado de ser parejas y se han convertido en niños buscando una madre. Según el autor, los hombres se transforman atendiendo a las demandas de las mujeres hasta tal

punto que si “las mujeres dicen que quieren hombres que usen vestidos, todos empezarán a hacerlo. Así funciona la cultura” (Pautassi, 2012). En un cosmos dual como el que nos presenta en *Los hombres son de Marte y las mujeres de Venus*, las relaciones (heterosexuales) funcionan siguiendo un biologismo ciego que recurre a la naturaleza diferente y complementaria de los sexos (Gray, 2013). Afirma que nuestros cerebros son distintos, la parte izquierda del cerebro asegura, estaría más desarrollada en los hombres, por tanto, es una mala idea enseñar a ser más femeninos a los hombres. Las declaraciones del autor no son nuevas, la crítica a la feminización de la sociedad la encontramos en autores Ilustrados de la talla de Rousseau y alcanza sus cotas más altas con Weininger y su idea de una humanidad amenazada por la feminidad.

La idea de una masculinidad amenazada encaja a la perfección con la cultura postfeminista analizada. El hombre amenazado en su masculinidad se representa como un ser dócil al servicio de las mujeres. Por su parte, estas aparecen representadas con un poder que, salvo en notables excepciones, solo poseen en los chistes sexistas que aluden a la ampliación de la cocina como eufemismo de libertad. Si las mujeres quieren que los hombres usen vestidos, empezarán a usarlos, decía Gray. Elisabeth Badinter (2004) —la alumna privilegiada de Simone de Beauvoir que se atrevió a cuestionar el instinto maternal— considera que las reivindicaciones feministas han ido demasiado lejos. Hay que tener cuidado con la educación que se les está proporcionando a los menores. La autora hace aparecer al hombre como una víctima indefensa: “la

educación lo puede todo, decía Leibniz, hasta hacer que bailen los osos. Pero el chico no es un oso y con la adquisición de la identidad sexual no se juega” (Badinter, 2004, p. 144). Se comienza a perfilar lo que será una estrategia común en las nuevas narrativas, a saber, nos encontramos con las primeras manifestaciones de una masculinidad abyecta, débil y extraordinariamente efectiva para afianzar una estrategia reaccionaria basada en el victimismo. Aunque el modelo no esté refrendado por la realidad, hay un empeño por mostrar a los hombres como seres dúctiles y fácilmente manipulables; ositos domesticados a los que podemos vestir a nuestro antojo.

Masculinidades abyectas

Una de las estrategias fundamentales del feminismo ha sido luchar contra el biologicismo y la naturalización de la desigualdad. El surgimiento de la mujer nueva de la que nos hablaba Alejandra Kollontai (Ávila Bravo-Villasante & Palomo, 2021) tenía como corolario la aparición de un hombre nuevo, un nuevo tipo de masculinidad. Todas las narrativas reaccionarias dinamitan esta posibilidad e inciden en la vuelta a la masculinidad tradicional. Este reclamo se realiza por dos vías: una, es la que podríamos denominar de autoafirmación; la otra, apelando a una masculinidad abyecta.

Si la masculinidad tradicional está representada por el sujeto depredador, ambicioso, competitivo e individualista, el retorno a esta se

reclama autoafirmando estas características. Es una constante en las demandas reaccionarias. Si nos detenemos en el análisis de la cultura popular realizada por Susan Faludi (1993) podemos rastrear esta estrategia en lo que Peter Boyer (1986) denominó “el retorno del hombre insensible”. Una buena parte de representaciones culturales enaltecen este tipo de masculinidad. En la ficción audiovisual, los protagonistas dejan de aceptar las exigencias de las mujeres liberadas. Los *hombres muy hombres* saben bien cuál es la correcta distribución de los papeles; en este contexto, es ilustrativo que las pasarelas de moda, uno de los productos culturales con más proyección, se llenen de referencias a toreros y vaqueros (representantes por antonomasia de la virilidad).

La cultura popular no será la única que reclame la vuelta a la masculinidad tradicional. La masculinidad será reclamada por las élites intelectuales apelando a uno de sus ejes fundamentales: el papel del varón como sustentador. De acuerdo con George Gilder (1976), autor de *Suicidio sexual*, el hombre de verdad es un *breadwinner*, es decir, paga las facturas de toda su familia. Estos autores coinciden en una vuelta al esencialismo: una naturalización de los lugares socialmente atribuidos a mujeres y hombres. Michael Levin (1987), autor de *Feminism and freedom*, afirmaba que los hombres sienten que pierden su estatus cuando hacen tareas que son propias de las mujeres. El subtexto es bastante evidente, lo que hacen las mujeres no es propio de los hombres porque son tareas inferiores. Dado que el feminismo es el que ha puesto en el centro que las tareas de

cuidado son de todas y todos, el feminismo es señalado como el responsable de la pérdida de estatus de los varones.

La retahíla de reproches adquiere un cariz metafórico cuando nos aproximamos al terreno de la identidad. La invitación feminista que más hirió a académicos e intelectuales fue la del cambio. El feminismo ha arrebatado a los hombres la masculinidad usurpándoles el amor propio. La autoestima masculina, su pundonor, necesitan de la familia, al ser el lugar en el que construye su autoridad. Siguiendo el símil político clásico, la familia es una entidad política en miniatura; la voluntad del marido, en tanto cabeza de familia, es la voluntad de todos. Precisamente, las teorías feministas, al abrigo del lema lo personal es político, analizaron la familia nuclear como institución de transmisión de valores patriarcales. La extensión de la igualdad a la esfera privada y familiar es incompatible con un esquema absolutista, requiere democracia. La democratización de la familia y la adquisición de derechos sexuales y reproductivos fueron los dos asuntos más difíciles de digerir.

Hasta aquí la vía de la autoafirmación. Sin embargo, encontramos una vía complementaria. Los hombres nuevos que comienzan a emerger en la década de los noventa no prosperan de un modo mayoritario en un medio hostil a las tendencias igualitarias. De víctimas del patriarcado pasan a considerarse víctimas del movimiento feminista. La maniobra podría parecer extraña si no fuera porque el posfeminismo había desvirtuado el propio significado del feminismo convirtiéndolo en un movimiento que lucha porque las mujeres alcancen

el logro individual (Bolotín, 1982; Karlyn, 2005; McRobbie, 2004). El ambiente posfeminista y la visión individualista del feminismo favorece que pueda leerse como un movimiento de mujeres frías, calculadoras e insatisfechas que, apoyadas en sus políticas de igualdad, han arruinado la vida de las mujeres, pero también de los hombres.

En este contexto resulta crucial el posicionamiento de Warren Farrell (1990), un reconocido activista de los setenta por lo que hoy llamaríamos nuevas masculinidades. En los años ochenta, decide que hay que luchar por los nuevos desheredados: los hombres. Cualquier cambio en el estatus de los hombres – donde este cambio suele ir vinculado con una pérdida de privilegios ya sean personales, sociales o políticos— es acompañado de un sentimiento de vulneración, pérdida y abuso. El victimismo inaugurado por Farrell (1990) es un elemento central de lo que se ha dado en llamar masculinidad abyecta (King, 2009).

Tania Modleski (1991) nos proporciona un marco de referencia interesante para comprender las masculinidades abyectas. La autora sostiene que el poder masculino se consolida por ciclos de crisis y resolución. La manera en la que estos hacen frente a la amenaza del poder femenino es incorporándolo. Bajo este marco, los momentos de crisis de masculinidad forman parte de un proceso de introyección que reforzaría la masculinidad hegemónica.

El paso siguiente en el análisis es esclarecer qué es aquello que la masculinidad en crisis incorpora para responder a la amenaza. La hipótesis de Claire Sisco King (2009), en sintonía con el marco

proporcionado por Tania Modleski (1991), sostiene que ante la incapacidad que muchos hombres sienten para ajustarse a la masculinidad hegemónica, incorporan los rasgos de debilidad (es el caso de la estrategia victimista) o de ineptitud sexual (en el caso de los *incels*) y los convierten en una extensión del poder masculino. Rasgos, *a priori*, alejados de una masculinidad hegemónica —incluso contrarios a esta— acaban convirtiéndose en una de sus múltiples manifestaciones.

Siguiendo las aportaciones de Kelly & Aunspach (2020), esta transgresión de las normas masculinas está teniendo un efecto de extensión del poder masculino, construyendo una masculinidad difusa y heterogénea con contornos y límites nada claros. En un contexto reaccionario que presenta la batalla por la igualdad como una guerra de sexos, la nueva masculinidad abyecta puede leerse como una llamada a las armas, contribuyendo a una radicalización de los más jóvenes. Esta es la lectura que está realizando una buena parte de la comunidad *incel*.

Incelosphere

Se denomina *incelosphere* al conjunto de comunidades en las que se reúnen los *incels*. El término aparece por primera vez en una comunidad digital en los años noventa del pasado siglo. El acrónimo original con el que se autodesignan los célibes involuntarios es *invcel* (*involuntary celibate*). La letra *v* fue eliminada porque su

pronunciación en inglés es similar a la de “imbéciles” (P.J. Vogt, 2018). Alana Boltwood (1997; 1999), una mujer de 27 años, graduada en la universidad de Canadá, feminista y lesbiana, intentaba poner nombre a su soledad y a la de otras muchas personas. En su propuesta de definición incluye a personas que nunca han tenido una cita o que no la han tenido por mucho tiempo; a personas que nunca han tenido una relación, que tienen dificultades para establecer relaciones o que tienen poca experiencia con sexo y citas. También incluye a personas que, incluso, teniendo pareja, no tienen relaciones con la frecuencia deseada, por ejemplo, matrimonios con la chispa apagada. A esta larga definición añade la autora a todas las personas que experimentan algún tipo de conflicto para expresar su sexualidad: personas con fobias sociales, tímidas, marginadas, discapacitadas, privadas de libertad, enfermas mentales o pedófilas. La lista es infinita según reconoce la propia autora.

En el escrito en el que da a conocer su proyecto (Boltwood, 1997) ofrece un autorretrato biográfico e intelectual en el que muestra el camino de autoaceptación que realiza: psicoterapia y lecturas, muchas de ellas feministas. El proyecto pretendía ser un espacio de crecimiento colectivo en el cual compartir experiencias. Sin embargo, no encontramos en él ninguna de las connotaciones que el término tiene en nuestros días. Una manifestación de la manera en la que se ha degradado el proyecto original es la misoginia de la que hacen gala. Las mujeres no pueden participar en la mayoría de estos espacios pues una de sus premisas básicas es la negativa a considerar que las mujeres puedan ser *incels*.

El proyecto iniciado por Alana Boltwood (1997; 1999), se centraba en superar las dificultades personales, la falta de autoestima y la falta de seguridad a la hora de abordar sus propios sentimientos y los de los demás. Las normas comunitarias que se establecían en los espacios de intercambio online incidían en estos aspectos. La propia comunidad, incluso cuando su creadora lo abandona, reaccionaba ante cualquier idea misógina o que culpabilizara a las mujeres (Kelly & Auspach, 2020; P.J. Vogt, 2018). En una entrevista concedida por Boltwood al *podcaster* P.J. Vogt (2018), afirmaba que su propuesta hacía hincapié en el crecimiento personal para superar los sentimientos de inseguridad. En el programa inicial las personas participantes asumen que la dificultad para entablar relaciones es suya, por lo que no atribuyen la responsabilidad a terceras personas ni culpan a los demás de sus fracasos emocionales.

Paralelamente, surgen nuevas comunidades *incels*. Uno de los espacios que más relevancia adquirió fue el denominado *love-shy.com*. En estos espacios asistimos a una resignificación del espacio original, la responsabilidad deja de ser asumida por los propios sujetos y se transforma en un discurso misógino, en las que las causas del celibato involuntario dejan de enmarcarse en el yo para desplazarse a las mujeres, al feminismo, a la corrección política o al liberalismo (Kelly & Auspach, 2020). *Love-shy* se convierte paulatinamente en un espacio en el que se aplauden las manifestaciones extremas de misoginia.

La violencia y radicalización de las comunidades *incels*, desde sus primeros ataques, ha

sido objeto de estudio y debate por sus similitudes con el terrorismo (Illa Vidal, 2021). En 2021, la Red de Concienciación sobre la Radicalización (RAN por sus siglas en inglés) de la Comisión Europea publicó un informe sobre el fenómeno *incel* en el que alertan sobre la extrema violencia de estos ecosistemas. En ellos, no solo se fomenta la violencia extrema en línea, se celebra la violencia más allá de las pantallas (RAN, 2021).

Según el informe publicado por el Departamento de Seguridad de Texas (2020), en la última década su actividad se ha incrementado notablemente. El primer ataque se produce el 23 de mayo de 2014 cuando Elliot Rodger mató a 6 personas e hirió a 14 en la Universidad de California, Santa Bárbara. Tras un tiroteo con la policía, se suicidó. Antes de su ataque, publicó un video en Internet y escribió un manifiesto en el que culpaba de sus actos a las mujeres que le habían rechazado. Lo más llamativo del caso es la lectura que se realizan de estos actos en la *manosphere* y, particularmente, en la *incelosphere*. Consideran la acción de Elliot Rodger como heroica y es aclamado por los miembros de estas comunidades como el caballero supremo (Kelly & Aunspach, 2020).

Elliot Rodger ha servido de inspiración para los sucesivos ataques *incels*. Christopher Harper-Mercer (2015) mató a nueve personas e hirió a siete antes de suicidarse. Publicó un manifiesto en el que afirmaba: “toda mi vida ha sido una empresa solitaria. Una pérdida tras otra. Y aquí estoy, con 26 años, sin amigos, sin trabajo, sin novia, virgen”. Además del fuerte componente misógino, cabe destacar el racismo extremo del manifiesto. En él

culpa a los hombres negros de corromper a las mujeres: “algo no va bien en esta sociedad cuando las chicas prefieren irse con matones negros alfas (...) los malvados hombres negros se llevan el botín, como una especie de recompensa pirata vaginal” (Harper-Mercer, 2015). En 2018, Alek Minassian, atropelló intencionadamente a una veintena de personas en Toronto, Canadá. Mató a 10 personas (8 mujeres y 2 hombres) y dejó heridas a 16. Antes de los atentados, posteoó un en su Facebook lo siguiente: “¡La rebelión *Incel* ha comenzado! ¡Vamos a derrocar a todos los *Chads* y *Stacys*! Todos aclaman al caballero supremo Elliot Rodger” (Yang, 2018). En el atentado cometido por Scott Paul Beirle en un estudio de yoga también están presentes altas dosis de misoginia e idolatría hacia Elliot Rodger: “si no puedo encontrar una mujer decente con la que vivir, encontraré muchas indecentes con las que morir” (Cann, 2022). En el ataque mató a 2 mujeres e hirió a 4; se suicidó después. El informe del Servicio Secreto Nacional de EE.UU. lo cataloga como un caso de misoginia extrema (NTAC, 2022).

Estos ataques, se consideran, además, una venganza contra las feministas. Por tanto, es interesante estudiar este tipo de violencia bajo el marco de interpretación propuesto por Rita Laura Segato (2013) de que estamos ante una violencia expresiva que intenta trasladar un mensaje. Los interlocutores son los hombres alfa (*Chads*) a los que consideran superiores y las feministas, a las que consideran culpables de su situación.

El análisis de estos casos nos permite desvelar el aire de familia que guardan todas estas narrativas y su intersección con otras formas de odio.

El análisis realizado por Talía Lavin (2020) en las comunidades *incels* de Estados Unidos, encuentra una relación de causalidad entre la misoginia radicalizada y las ideas supremacistas blancas: “ningún odio es una isla” (p. 129), y una vez cuestionados los derechos de las mujeres no es difícil cuestionar los derechos de cualesquiera otros grupos.

Los *incels* son hombres heterosexuales, célibes a su pesar, que reclaman el acceso a relaciones eróticas y sentimentales con mujeres. Según sostienen en su discurso, las mujeres no les encuentran sexualmente atractivos porque no encajan en los estándares del macho alfa. Aunque son críticos con los mandatos de la sexualidad obligatoria y con la sexualización de todos los elementos de la sociedad —ambos fenómenos analizados por Ela Przybylo (2011) en su abordaje de la *sexuociedad* y por Laura García-Favaro y Ana de Miguel (2016) en su análisis de la *pornificación* cultural—, no llegan a cuestionarla. Por tanto, asumen que hay una sexualidad biológica a la que no se puede renunciar (Kelly & Aunspach, 2020).

Las comunidades *incels* acuden a la psicología evolutiva para buscar explicación al comportamiento sexual humano. Afirman que existen leyes genéticas que rigen la atracción interpersonal; según estas leyes, las mujeres estarían programadas para buscar hombres con determinados rasgos físicos, machos alfas con determinada altura, simetría, raza, fuerza, peso. Estas leyes también explicarían por qué los hombres que no tienen esas características experimentan dificultades para encontrar pareja. Aunque la atracción interpersonal responde a múltiples factores, que incluyen las variables históricas, biológicas, psicosociales y culturales (Fisher, 2017; Muñoz & Pons-Salvador, 2012), los

incels abrazan teorías reduccionistas que encajan con su visión victimista, misógina y con el modelo de masculinidad abyecta analizada.

Conclusión

Asistimos a un giro digital y afectivo que está cambiando la manera de configurar la esfera pública. La primacía de lo emocional sobre los datos objetivos favorece la emergencia y transmisión de discursos que promueven el odio. El análisis realizado a la *manosphere* y la *incelosphere* pone de manifiesto una radicalización extrema de las narrativas antifeministas en la última década.

Contextualizar estas formas extremas de misoginia con anteriores reacciones antifeministas, aporta un nuevo enfoque al fenómeno. Apelar a la crisis de la masculinidad permite invisibilizar que los problemas a los que se enfrentan los hombres (y la inmensa mayoría de la humanidad) son estructurales. El feminismo aparece como enemigo con el que medirse, en un contexto reactivo como el analizado, resulta fácil situarle como culpable de todo.

Las narrativas reaccionarias puestas en marcha por las comunidades digitales analizadas son una versión extrema de antiguas estrategias antifeministas. Una vez más se desentierra el biologicismo, se apela a la naturaleza diferente y complementaria de los sexos y se lamenta, sin ningún tipo de pudor, la pérdida de privilegios. Por último, y aquí encontramos la novedad, asistimos a la consolidación de un nuevo tipo de masculinidad capaz de nutrirse de discursos victimistas: la masculinidad abyecta

Referencias bibliográficas

- Arias Maldonado, M. (2016). La digitalización de la conversación pública: redes sociales, afectividad política y democracia. *Revista de Estudios Políticos*, (173), 27-54. <http://dx.doi.org/10.18042/cepc/rep.173.01>
- Ávila Bravo-Villasante, M. & Palomo Cermeño, E. (2021). La mujer nueva. aportaciones de las feministas socialistas a los debates morales y políticos del siglo XXI. *Bajo Palabra*, (27), 213-30, <http://doi.org/10.15366/bp2021.27.011>
- Ávila Bravo-Villasante, M. (2019). *La máquina reaccionaria. La guerra declarada a los feminismos*. Tirant lo Blanch.
- Badinter, E. (2004). *Por mal camino*. Alianza Editorial
- Bolotín, S. (1982, October 17). Voices From the Post-Feminist Generation. *The New York Times Book Review*. <https://rb.gy/iksvd0>
- Boltwood, A. (1999, May 1). *Possible definitions of involuntary celibacy*. Alana's Involuntary Celibacy Project. <https://bit.ly/3yys2tA>
- Boltwood, A. (1997, May 25). *Alana's involuntary celibacy project*. Alana's Involuntary Celibacy Project. <https://rb.gy/bcvwsa>
- Boyer, Peter J. (1986, February 16). TV turns to the hard-boiled mal, *New York Times*.
- Cann, C. (2022, March 17). Secret service links Hot Yoga shooter to “misogynistic extremism,” decades of warning signs. *Tallahassee Democrat*. <https://rb.gy/r912p3>
- Chapin, B. (2016). *Man Going His Own Way*. CreateSpace Independent Publishing Platform.
- Corredor, E. S. (2019). Unpacking “gender ideology” and the global right’s antigender countermovement. *Sins Journal of Women in Culture and Society*, 44(3) 613-638. <http://doi.org/10.1086/701171>
- Cousineau, L. S. (2021). “Entitled to everything, responsible for nothing:” gendered discourses of antifeminism, biological determinism, and violence in two communities of Reddit’s manosphere. *Ag AboutGender, International Journal of Gender Studies*, 10(19), 131-166. <http://doi.org/10.15167/2279-5057/AG2021.10.19.1274>
- Faludi, S. (1993). *Reacción. La guerra no declarada contra la mujer moderna*. Círculo de lectores.
- Farrell, W. (1990). *Why men are the way they are: the male-female dynamic*. Bantam.
- Fisher, H. (2017) *Anatomy of love: a natural history of mating, marriage, and why we stray*. Norton&Co.
- Fleming, P. (2017). The human capital hoax: work, debt, and insecurity in the era of uberization. *Organization Studies*, 38(5), 691-709. <http://doi.org/10.1177/0170840616686129>
- García Favaro, L., & De Miguel, A. (2016). ¿Pornografía feminista, pornografía antirracista y pornografía antiglobalización? Para una crítica del proceso de pornificación cultural. *Labrys, Études Féministes/Estudios Feministas*, 29. <https://bit.ly/3CSpwRE>

- García Gómez, J. C. (2001). Portales de Internet: concepto, tipología básica y desarrollo. *El Profesional de la Información*, 10(7-8), 4-13. <https://doi.org/10.1076/epri.10.7.4.9047>
- Gilder, G. (1976). *Suicidio sexual*. Grijalbo.
- Ging, D. (2019a). Bros v. hos: postfeminism, anti-feminism and the toxic turn in digital gender politics. In D. Ging & E. Siapera, (Eds.), *Gender hate online: understanding the new anti-feminism* (pp. 45-68). Palgrave MacMillan.
- Ging, D. (2019b). Alphas, betas, and incels: theorizing the masculinities of the manosphere. *Men and Masculinities*, 22(4), 638-657. <https://doi.org/10.1177/1097184X17706401>
- Gray, J. (2013). *Men are from Mars, women are from Venus*. HarperCollins e-books.
- Griffin, J. (2018, May 15). *Incels: dentro del mundo oscuro y hostil de ‘célibes involuntarios’ como el atacante de Toronto*. *BBC NEWS*. <https://bbc.in/3yAJM7L>
- Habermas, J. (2014). *Historia y crítica de la opinión pública: la transformación estructural de la vida pública*. Editorial Gustavo Gili.
- Harper-Mercer, C. (2015, October 1). *My Manifesto*. School Shooters. <https://schoolshooters.info/sites/default/files/Christopher-Sean-Harper-Mercer-My-Manifesto.pdf>
- Illa Vidal, L. (2021, November 26). *Incels y la emergencia de un posible terrorismo misógino*, Atalayar. <https://bit.ly/3yup8px>
- Ironwoods, I. (2013). *The manosphere: a new hope for masculinity*. Red Pill Press.
- Karlynn, K. R. (2005). Scream, cultura popular y el feminismo de la tercera ola: “yo no soy mi madre”. *Lectora: Revista De Dones I Textualitat*, 2, 43-73. <http://www.raco.cat/index.php/lectora/article/view/205526>
- Kassam, A. (2017, July 16). ¿Evidencia la epidemia de droga en EE. UU. y Canadá una crisis de masculinidad? *El Diario*. <https://rb.gy/ewsy1d>
- Kelly, C. R., & Aunspach, C. (2020). *Incels*, compulsory sexuality, and fascist masculinity. *Feminist Formations*, 32(3), 145–172. <http://doi.org/10.1353/ff.2020.0044>
- Kessler, S. (2019). *Gigged: the gig economy, the end of the job and the future of work*. Random House Business
- King, C. S. (2009). It cuts both ways: fight club, masculinity, and abject hegemony. *Communication and Critical/Cultural Studies*, 6(4), 366-85. <http://doi.org/10.1080/14791420903335135>
- Lavin, T. (2020). *La cultura del odio. Un periplo por la dark web de la supremacía blanca*. Capitán Swing.
- Levin, M. (1987). *Feminism and freedom*, Routledge.
- Lünenborg, M. (2019). Affective publics. Understanding the dynamic formation of public articulations beyond the public sphere. In A. Fleig & C. Von Scheve (Eds.), *Public spheres of resonance. Constellations of affect and language* (pp.30-48). Routledge. <https://doi.org/10.4324/9780429466533>
- McRobbie, A. (2004). Post-feminism and popular culture. *Feminist Media Studies*, 4(3), 255-264. <http://doi.org/10.1080/1468077042000309937>

- Modleski, T. (1991). *Feminism without women: culture and criticism in a ‘postfeminist’ age*. Routledge. <http://doi.org/10.4324/9780203699379>
- Muñoz, C., & Pons-Salvador, G. (2012). La percepción de la atracción interpersonal: un estudio sobre las características personales que resultan más atractivas. *Informació Psicològica*, 6(103), 62-72. <https://www.informaciopsicologica.info/revista/article/view/56/46>
- National Threat Assessment Center – NTAC. (2022). Hot Yoga Tallahassee. A Case Study Of Misogynistic Extremism, *United States Secret Service*. <https://rb.gy/h6iwoy>
- Núñez, S., & Fernández, D. (2019). Posverdad y victimización en Twitter ante el caso de la Manada: propuesta de un marco analítico a partir del testimonio ético. *Investigaciones Feministas*, 10(2), 385-398. <https://dx.doi.org/10.5209/infe.66501>
- Nuño Gómez, L. (2010). *El mito del varón sustentador. Orígenes y consecuencias de la división sexual del trabajo*. Icaria.
- Ontalba y Ruipérez, J. A. (2002). *Contenidos en comunidades virtuales: análisis de las herramientas y servicios de información*. [Conference session]. Contenidos y Aspectos Legales en la Sociedad de la Información. <http://eprints.rclis.org/4299/>
- P. J. Vogt. (2018, May 10). #120 INVCEL. *Reply All*. <https://gimletmedia.com/shows/reply-all/76h59o>
- Papacharissi, Z. (2015). *Affective publics: sentiment, technology, and politics*. Oxford University Press.
- Pautassi, M. A. (2012, August 25). ‘Los hombres aún son de marte y las mujeres de venus’: John Gray”. *El Tiempo*. <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-12163997>
- Przybylo, E. (2011). Crisis and safety: The asexual in sexusociety. *Sexualities*, 14(4), 444-461 <http://doi.org/10.1177/1363460711406461>
- Radicalisation Awareness Network – RAN. (2021). *Incels: a first scan of the phenomenon (in the EU) and its relevance and challenges for P/CVE*. Publications Office of the European Union.
- Sambade, I. (2018). Masculinidades, cambios sociales y representación en la cultura de masas. *Brocar*, (42), 293-322. <http://doi.org/10.18172/brocar.3799>
- Segato, R. L. (2013). *La escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez*. Tinta Limón Ediciones.
- Tamayo Acosta, J. J., & Salazar, O. (2016). La superación feminista de las masculinidades sagradas”. *Atlánticas. Revista Internacional de Estudios Feministas*, 1, 213-239. <http://dx.doi.org/10.17979/arief.2016.1.1.1396>
- Texas Department of Public Safety. (2020). *Texas domestic terrorism threat assessment*. Department of Public Safety. <https://bit.ly/3CPsVQY>
- Van Valkenburgh, S. P. (2021). Digesting the Red Pill: Masculinity and Neoliberalism in the Manosphere. *Men and Masculinities*, 24(1), 84-103. <https://doi.org/10.1177/1097184X18816118>

- Vandiver, J. (2020). Alt-virilities: masculinity, rhizomatics, and the contradictions of the American Alt-Right. *Politics, Religion & Ideology*, 21(2), 153-176. <https://doi.org/10.1080/21567689.2020.1763319>
- Vendrell Ferre, J. (2020) *El poder masculino en sus estructuras. Un análisis desde la antropología de género*. Universidad Autónoma del Estado de Morelos.
- Vingelli, G. (2019). Antifemminismo online. I men's rights activists in Italia. *Im@go. Journal of Social Imaginary* 14(8), 219-247. <https://doi.org/10.7413/22818138157>
- Woolf, V. (2003). *Un cuarto propio*. Horas y horas.
- Yang, J. (2018, April 24). Facebook post linked to Alek Minassian cites 'incel rebellion,' mass murderer. *Toronto Star*. <https://rb.gy/bv5din>